



capitán, desde una habitación del piso primero, dirigía la defensa, dando órdenes que parecían pistoletazos, sin que se viera en su cara de hierro ningún signo de conmoción. El tamborcillo, un poco pálido, pero firme sobre sus piernas, subido sobre una mesa, alargaba el cuello agarrándose a las paredes para mirar fuera de las ventanas, y veía a través del humo, por los campos, las blancas divisas de los austríacos, que iba avanzando lentamente. La casa estaba situada en lo alto de escabrosísima pendiente, y no tenía en la parte de la cuesta más que una ventanilla alta, correspondiente a un cuarto del último piso; por eso los austríacos no amenazaban la casa por aquella parte, y en la cuesta no había nadie: el fuego se hacía contra la fachada y los dos flancos.

Pero era un fuego infernal, una nutrida granizada de balas, que por la parte de afuera rompían paredes y despedazaban tejas, y por dentro deshacía techumbres, muebles, puertas, arruinándolo todo, arrojando al aire astillas, nubes de yeso y fragmentos de trastos, de útiles, de cristales, silbando, rebotando, rompiéndolo todo con un fragor que ponía los pelos de punta. De vez en cuando, uno de los soldados que tiraban desde las ventanas caía dentro, al suelo, y era echado a un lado. Algunos iban vacilantes de cuarto en cuarto, apretándose la herida con las manos. En la cocina había ya un muerto con la frente abierta. El cerco de los enemigos se estrechaba. Llegó un momento en que se vio al capitán, hasta en-

tonces impasible, dar muestras de inquietud y salir precipitadamente del cuarto, seguido de un sargento. Al cabo de tres minutos volvió a la carrera el sargento y llamó al tamborcillo, haciéndole seña de que le siguiese. El muchacho le siguió, subiendo a escape por una escalera de madera, y entró con él en una buhardilla desmantelada, donde vio al capitán que escribía con lápiz en una hoja, apoyándose en la ventanilla y teniendo a sus pies sobre el suelo una cuerda de pozo.

El capitán dobló la hoja y dijo bruscamente, clavando sobre el muchacho sus pupilas grises y frías, ante las cuales todos los soldados temblaban. “¡Tambor!” El muchachillo se llevó la mano a la visera. El capitán dijo: “¿Tú tienes valor?” Los ojos del muchacho relampaguearon. “Sí, mi capitán”, respondió. “Mira allá abajo —dijo el capitán llevándole a la ventana—, en el suelo, junto a la casa de Villafranca, donde brillan aquellas bayonetas. Allí están los nuestros inmóviles. Toma este papel, agárrate a la cuerda, baja por la ventanilla, atraviesa a escape la cuesta, corre por los campos, llega adonde están los nuestros y da el papel al primer oficial que veas. Quitate el cinturón y la mochila”.

El tambor se quitó el cinturón y la mochila, y se colocó el papel en el bolsillo de pecho; el sargento echó la cuerda y agarró con las dos manos uno de los extremos; el capitán ayudó al muchacho a saltar por la ventana, vuelto de espaldas al campo. “Ten cuidado —le dijo—; la salvación del destacamento está en tu valor y en tus piernas”. “Confíe usted en mí, capitán”, dijo el tambor saliéndose fuera. “Agáchate al bajar”, dijo aún el capitán, agarrando la cuerda a la vez que el sargento. “No tenga usted cuidado”. “Dios te ayude”.

A los pocos momentos el tamborcillo estaba en el suelo; el sargento tiró de la cuerda para arriba y desapareció; el capitán se asomó precipitadamente a la ventanilla, y vio al muchacho que corría por la cuesta abajo.

Esperaba ya que hubiese conseguido huir sin ser observado, cuando cinco o seis nubecillas de polvo que se destacaron del suelo, delante y detrás del muchacho, le advirtieron que había sido descubierto por los austríacos, los cuales tiraban hacia abajo desde lo alto de la cuesta. Aquellas pequeñas nubes eran de tierra echada al aire por las balas. Pero el tambor seguía corriendo precipitadamente. Al cabo de un rato, exclamó consternado: “¡Muerto!” Pero no había acabado de decir la palabra cuando vio levantarse al tamborcillo. “¡Ah, no ha sido más que una caída!”, dijo para sí,

y respiró. El tambor, en efecto volvió a correr con todas sus fuerzas, pero cojeaba. "Se ha torcido un pie", pensó el capitán. Alguna nubecilla de polvo se levantaba aquí y allá, en torno del muchacho; pero siempre más lejos. Estaba a salvo. El capitán lanzó una exclamación de triunfo. Pero siguió acompañándolo con los ojos, temblando, porque era cuestión de minutos. Si no llegaba pronto abajo con la esquila en que pedía inmediato socorro, todos sus soldados caían muertos, o tenían que rendirse y caer prisionero con ellos. El muchacho corría rápidamente un rato; después detenía el paso cojeando; tomaba carrera luego de nuevo; pero a cada instante necesitaba detenerse. "Quizá ha sido una contusión en el pie por una bala", pensó el capitán. Y reparaba temblando todos sus movimientos; y excitado, le hablaba como si pudiese oírlo. Medía incesantemente con la vista el espacio que mediaba entre el muchacho que corría y el círculo de armas que veía allá lejos, en la llanura, en medio de los campos de trigo, dorados por el sol. Entretanto oía el silbido y el estruendo de las balas en las habitaciones de abajo, las voces de mando y los gritos de rabia de los oficiales y sargentos, los agudos lamentos de los heridos y el ruido de los muebles que se rompían y del yeso que se desmoronaba. "¡Animo! ¡Valor! —gritaba, siguiendo con la mirada al tamborcillo que se alejaba—. ¡Adelante! ¡Corre! ¡Se para!... ¡Maldición! Ah, vuelve a emprender la marcha!" Un oficial sube anhelante a decirle que los enemigos, sin interrumpir el fuego, ondean un pañuelo blanco para intimar la rendición. "¡Que no se responda!", gritó el capitán sin apartar la mirada del muchacho, que estaba ya en la llanura; pero no corría y parecía que desalentaba al llegar. "¡Anda!... ¡Corre!... —decía el capitán apretando los dientes y los puños—. Desángrate, muere desgraciado, pero llega". Después lanzó una imprecación horrible. "¡Ah! El infame holgazán se ha sentado". El muchacho, en efecto, que hasta entonces se le había visto sobresalir la cabeza por encima de un campo de trigo, se había perdido de vista, como si hubiese caído. Pero al cabo de un momento su cabeza volvió a verse fuera; al fin se perdió detrás de los sembrados, y el capitán ya no lo vio más. Entonces bajó impetuosamente: las balas llovían; los cuartos estaban llenos de heridos, algunos de los cuales daban vueltas como borrachos, agarrándose a los muebles; las paredes y el suelo estaban teñidos de sangre, los cadáveres yacían en los umbrales de las puertas; el teniente tenía el brazo derecho destrozado por una bala; el humo y la pólvora lo envolvían todo. "¡Animo! —gritó el capitán—.

¡Firmes en sus puestos! ¡Van a venir socorros! ¡Un poco de valor aún! Los austríacos se habían acercado más; se veían ya entre el humo sus caras descompuestas; se oía entre el estrépito de los tiros, su gritería salvaje, que insultaba, intimaba la rendición y amenazaba con el degüello. Algún soldado aterrorizado, se retiraba detrás de las ventanas, y los sargentos lo empujaban hacia adelante.

Pero el fuego de los sitiados aflojaba, el desaliento se veía en todos los rostros; no era ya posible llevar más allá la resistencia. Llegó un momento en que el fuego de los austríacos se hizo más sensible, y una voz de trueno gritó, primero en alemán, en italiano después: "¡Rendíos!" "¡No!" gritó el capitán desde una ventana. Y el fuego volvió a empezar más rabioso por ambas partes. Cayeron otros soldados. Ya había más de una ventana sin defensores. El momento fatal era inminente. El capitán gritaba con voz que se le ahogaba en la garganta: "¡No vienen! ¡No vienen!" Y corría furioso de un lado a otro, arqueando el sable con su mano convulsa, resuelto a morir. Entonces un sargento, bajando de la buhardilla, gritó con voz estentórea: "¡Ya llegan!" "¡Ya llegan!", repitió con un grito de alegría el capitán. Al oír aquellos gritos, todos, sanos, heridos, sargentos, oficiales se asomaron a las ventanas, y la resistencia se redobló ferozmente otra vez. De allí a pocos instantes se notó una especie de vacilación y un principio de desorden entre los enemigos. De pronto, muy de prisa, el capitán reunió algunos soldados en el piso bajo para contener el ímpetu de fuera, con bayoneta calada. Después volvió arriba. Apenas llegó, oyó un rumor de pasos precipitados, acompañado de un ¡hurra! formidable y vieron desde las ventanas avanzar entre el humo los sombreros apuntados de los carabineros italianos, un escuadrón de escape tendido, y un brillante centelleo de espadas que hendían el aire en molinete por encima de las cabezas, sobre los hombros y encima de las espaldas; entonces el pequeño piquete reunido por el capitán salió a la bayoneta calada fuera de la puerta. Los enemigos vacilaron, se volvieron, y al fin emprendieron la retirada; el terreno quedó desocupado, la casa estuvo libre, y poco después dos batallones de infantería italianos y dos cañones ocuparon la altura.

El capitán, con los soldados que le quedaron, se incorporó a su regimiento, peleó aún, y fue ligeramente herido en la mano izquierda de una bala rebotada en el último ataque a la bayoneta. La jornada acabó con la victoria de los nuestros.

Pero al día siguiente, habiendo vuelto a combatir, los italianos fueron vencidos, a pesar de su valerosa resistencia, por mayor

número de austríacos, y la mañana del 26 tuvieron tristemente que retirarse hacia el Mincio.

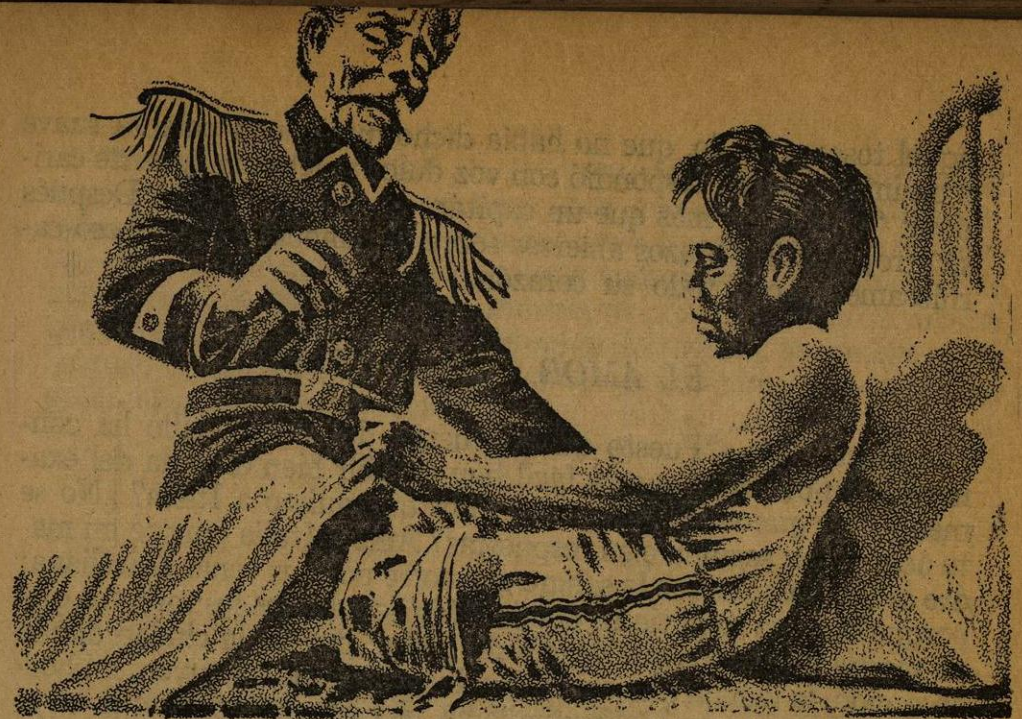
El capitán, aunque herido, anduvo a pie con sus soldados, cansados y silenciosos, y llegaban al ponerse el sol a Goito, sobre el Mincio; buscó en seguida a su teniente, que había sido recogido con el brazo roto, por nuestra ambulancia, y debía haber llegado allí antes que él. Le indicaron una iglesia, donde se había instalado precipitadamente el hospital de campaña. Se fue allí; la iglesia estaba llena de heridos colocados en dos filas de camas y de colchones extendidos sobre el suelo; dos médicos y varios practicantes iban y venían afanados, y oíanse gritos ahogados y gemidos.

Apenas entró el capitán, se detuvo y dirigió una mirada a su alrededor en busca del oficial.

En aquel momento se oyó llamar por una voz apagada muy próxima: "¡Mi capitán!"

Se volvió: era el tamborcillo.

Estaba tendido sobre un catre de madera, cubierto hasta el pecho con una tosca cortina de ventana, de cuadros rosa y blancos, con los brazos fuera, pálido y demacrado, pero siempre con sus ojos brillantes como dos ascuas. "¡Cómo!, eres tú? —le preguntó el capitán admirado, pero bruscamente: —¡Bravo; has cumplido con tu deber!" "He hecho lo posible", respondió el tambor. "¿Estás herido?", dijo el capitán buscando con la vista a su teniente en las camas próximas. "¡Qué quiere Ud. —dijo el muchacho, a quien daba alientos para hablar la honra de estar herido por primera vez, sin lo cual no hubiera osado abrir la boca ante el capitán—. Corrí mucho con la cabeza baja; pero aún agachándome me vieron en seguida. Hubiera llegado veinte minutos antes si no me alcanzan. Afortunadamente encontré pronto a un capitán de Estado Mayor, a quien di la esquila. Pero me costó gran trabajo bajar después de aquella caricia. Me moría de sed; temía no llegar ya; lloraba de rabia, pensando que cada minuto que tardaba se iba uno al otro mundo, allá arriba. Pero, en fin, he hecho lo que he podido. Estoy contento. ¡Pero mire usted —y dispense, mi capitán— que pierde Ud. sangre!" En efecto: de la palma de la mano, mal vendada del capitán, corría alguna gota de sangre. "¿Quiere Ud. que le apriete la venda, mi capitán? Deme un momento". El capitán dio la mano izquierda y alargó la derecha para ayudar al muchacho a hacer el nudo y atarlo; pero el chico, apenas se alzó de la almohada, palideció y tuvo que volver a apoyar la cabeza. "¡Basta, basta! —dijo el capitán, mirándolo y retirando



la mano vendada que el tambor quería retener—. Cuida de lo tuyo en vez de pensar en los demás, que las cosas ligeras descuidándolas, pueden hacerse graves". El tamborcillo movió la cabeza. "Pero tú —le dijo el capitán mirándole atentamente— debes haber perdido mucha sangre para estar tan débil". "¿Perdido mucha sangre? —respondió el muchacho sonriendo. Algo más que sangre. ¡Mire!" Y se echó abajo la colcha. El capitán se echó atrás horrorizado. El muchacho no tenía más que una pierna; la pierna izquierda se la habían amputado por encima de la rodilla: el muñón estaba vendado con paños ensangrentados. En aquel momento pasó un médico militar, pequeño y gordo, en mangas de camisa. "¡Ah mi capitán! —dijo rápidamente señalando al tamborcillo— he aquí un caso desgraciado: esa pierna se habría salvado con nada si él no la hubiere forzado de aquella mala manera; ¡maldita inflamación! Fue necesario cortar así. Pero es un valiente, se lo aseguro; no ha derramado una lágrima, ni se le ha oído un grito. Estaba yo orgulloso, al operarlo, de que fuese un muchacho italiano: palabra de honor. Es de buena raza, a fe mía". Y siguió su camino. El capitán arrugó sus grandes cejas blancas y miró fijamente al tamborcillo, subiéndole la colcha; después, lentamente, casi sin darse cuenta de ello, y mirándole siempre levantó la mano hasta la cabeza y se quitó el kepi. "¡Mi capitán! —exclamó el muchacho admirado—. ¿Qué hace, mi capitán? ¡Por mí!" Y entonces

aquel tosco soldado, que no había dicho nunca una palabra suave a un inferior suyo, respondió con voz dulce y extremadamente cariñosa: "Yo no soy más que un capitán; tú eres un héroe". Después se arrojó con los brazos abiertos sobre el tamborcillo y le besó cariñosamente con todo su corazón.

EL AMOR A LA PATRIA

Martes 24.—"Puesto que el cuento del Tamborcillo ha conmovido tu corazón, te será fácil hoy escribir bien el tema del examen: *¿Por qué se ama a Italia? ¿Por qué quiero a Italia? ¿No se te ocurren en seguida cien respuestas? Amo a Italia porque mi madre es italiana; porque la sangre que corre por mis venas es italiana; porque italiana es la tierra donde están sepultados los muertos que mi madre llora y los que venera mi padre; porque la ciudad donde he nacido, la lengua que hablo, los libros que me instruyen, mi hermano, mi hermana, mis compañeros, el gran pueblo en que vivo, la bella naturaleza que me rodea, todo lo que veo, lo que adoro, lo que estudio, lo que admiro, es italiano. ¡Oh! ¡Tú no puedes sentir aún en toda su intensidad este grande afecto! Lo sentirás cuando seas hombre, cuando al volver de largo viaje, después de prolongada ausencia y asomándote una mañana a la cubierta del buque, ves en el horizonte las azules montañas de tu país; lo sentirás, entonces, en la impetuosa onda de ternura que te llenará de lágrimas los ojos, te arrancará un grito del corazón. Lo sentirás en alguna gran ciudad lejana, en el impulso del alma que te empujará entre la multitud desconocida, hacia un obrero obscuro del cual hayas oído, pasando a su lado, una palabra italiana. La sentirás en la indignación dolorosa y profunda que hará subir la sangre a la cabeza cuando oigas injurias a tu país a algún extranjero. Lo sentirás más violento y más vivo el día en que la amenaza de un pueblo enemigo levante una tempestad de fuego sobre tu patria y veas brillar las armas por todas partes, correr los jóvenes a alistarse en las filas, los padres besar a los hijos, diciendo: "¡Animo!", y a las madres despedir a los jóvenes, gritando: "¡Vence!" Lo sentirás como una alegría divina si tuvieses la suerte de ver regresar a tu ciudad los regimientos diezmados, rendidos, destrozados, terribles, con el brillo de la victoria en los ojos y las banderas atravesadas por las balas, seguidos de un convoy interminable de valientes que asoman sus cabezas vendadas y sus brazos sin mano en medio de la multitud loca que lo cubre de flores, de bendiciones y de vítores. ¡Ah, comprenderás entonces el amor a la*

patria; entonces lo sentirás tú, Enrique mío! Es cosa, tan grande y tan sagrada, que si un día yo te viese regresar salvo de una batalla en que se ha peleado por ella; salvo tú, que eres mi carne y mi alma, y supiese que habías conservado la vida porque te habías escondido huyendo de la muerte, yo, tu padre, que te recibo con gritos de alegría cuando vuelves de la escuela, te recibiría con sollozos de angustia, y no podría quererte ya, y moriría con aquel puñal clavado en el corazón".

Tu padre.

ENVIDIA

Miércoles 25.—El que ha hecho mejor la composición sobre la patria ha sido también Deroso. ¡Y Votino que creía seguro el primer premio! Yo quería mucho a Votino, aunque es algo vanidosillo y presumido; pero me disgusta ahora que estoy con él en el banco, ver lo que envidia a Deroso. Y estudia para competir con él; pero no puede en manera alguna, porque el otro le da cien vueltas en todas las asignaturas, y a Votino se le ponen los dientes largos. También siente envidia Carlos Nobis; pero éste tiene tanto orgullo, que la misma soberbia no se la deja descubrir. Votino, por el contrario, se vende, se lamenta de las notas en su casa y dice que el maestro comete injusticias; y cuando Deroso responde a las preguntas tan pronto y tan bien como siempre, él pone la cara hosca, baja la cabeza, finge no oír y se esfuerza por reír; pero con la risa del conejo. Y como todos lo saben, en cuanto el maestro alaba a Deroso, todos se vuelven a mirar a Votino, que traga veneno, y el albañilito le hace la mueca de hocico de liebre. Esta mañana, por ejemplo, lo ha demostrado. El maestro entró en la escuela y anunció el resultado de los exámenes. Deroso, diez décimas y la primera medalla. Votino estornudó con estrépito. El maestro le miró, porque la cosa estaba bien clara. "Votino —le dijo—, no dejes que se apodere de ti la serpiente de la envidia; es una sierpre que roe el cerebro y corrompe el corazón". Todos le miraron, menos Deroso. Votino quiso responder y no pudo: quedó como petrificado y con el semblante pálido. Después, mientras el maestro daba la lección se puso a escribir, en gruesos caracteres, en una hoja: *Yo no estoy envidioso de los que ganan la primera medalla por favor y con injusticia. Este papel quería mandárselo a Deroso. Pero entretanto*

observé que los que estaban junto a Deroso trataban algo entre sí y se hablaban al oído, y uno hacia con el cortaplumas una gran medalla de papel, sobre la cual habían dibujado una serpiente negra. Votino mismo no advirtió nada. El maestro salió breves momentos. En seguida, los que estaban junto a Deroso se levantaron para salir del banco y presentar solemnemente la medalla de papel a Votino. Toda la clase se preparaba para presenciar una escena desagradable. Votino estaba ya temblando. Deroso gritó: “¡Dádmela! “Sí, mejor es —respondieron los demás—; tú eres el que debe llevársela”. Deroso cogió la medalla y la hizo pedazos. En aquel momento volvió el maestro y se reanudó la clase. Yo no quitaba ojo de Votino, que estaba encarnado de vergüenza. Tomó el papel despacito, como si lo hiciese distraídamente, lo hizo mil dobleces a escondidas, se lo puso en la boca, lo mascó un poco, y después lo echó debajo del banco. Al salir de la escuela y pasar por delante de Deroso, a Votino, que estaba un poco confuso, se le cayó el arrugado papel. Deroso siempre noble, lo recogió y se lo puso en la cartera, ayudándole a abrocharse el cinturón. Votino no se atrevió a levantar la cabeza.

LA MADRE DE FRANTI

Sábado 28.—Pero Votino es incorregible. Ayer, en la clase de Religión, delante del director, el maestro preguntó a Deroso si sabía de memoria aquellas dos estrofas del libro de lectura: *Donde quiera que extiende la vista, te veo, inmenso Dios*. Deroso respondió que no, y Votino en seguida: “¡Yo las sé!” dijo sonriéndose, como para mortificar a Deroso; pero el mortificado fue él, por el contrario, porque no pudo recitar la poesía, pues mientras tanto entró en la escuela la madre de Franti, preocupada, despeinados sus grises cabellos, toda llena de nieve, llevando a su hijo, que había sido echado de la escuela hacia ocho días. ¡Qué triste escena nos tocó presenciar! La pobre señora se echó casi de rodillas a los pies del director cogiéndole las manos y suplicándole: “¡Oh, señor director, hágame Ud. el favor de volver a admitir al niño en la escuela! Hace tres días que está en casa; lo he tenido escondido; pero Dios me valga si su padre lo descubre, porque lo mata; tenga Ud. compasión, que yo no sé ya qué hacer; se lo recomiendo con toda mi alma”. El director trató de llevarla fuera; pero ella se resistía siempre, y rogándole: “¡Oh, si supiese Ud. la lástima que me da este hijo, tendría Ud. compasión. ¡Hágame el favor! Yo espero que se enmendará. Si no me lo concede Ud. no viviré ya más; me muero aquí mismo; pero quisiera

verlo corregido antes de morir, porque... —y la interrumpió el llanto— es mi hijo, lo quiero mucho y moriría desesperada: admítalo de nuevo, señor director, para que no sobrevenga una desgracia en la familia: ¡hágalo por caridad hacia una pobre mujer!” Y se cubría el rostro con las manos, sollozando. Franti estaba impasible, con la frente baja. El director le miró; estuvo un rato pensándolo, y después dijo: “Franti, anda a tu puesto”. Entonces la madre se quitó las manos de la cara, muy consolada y empezó a dar miles de gracias, sin dejar de hablar al director, y se salió hacia la puerta enjugándose los ojos y diciendo con emoción creciente: “Hijo mío, que seas bueno. Tengan Uds. paciencia. Gracias, señor director; ha hecho Ud. una obra de caridad. Adiós, hijo mío. Buenos días, niños. Gracias señor maestro hasta la vista. ¡Soy una pobre madre que ha sufrido tanto!...” Y dirigiéndole aún desde el umbral de la puerta una mirada suplicante a su hijo, se fue ahogando los lamentos que la destrozaban, pálida, encorvada, temblorosa, oyéndosela todavía toser cuando ya bajaba la escalera. El director miró fijamente a Franti en medio del silencio de la clase y le dijo con una inflexión de voz que hacía temblar: “¡Franti, estás matando a tu madre!” Todos se volvieron a mirar a Franti. Y el muy infame ¡se sonreía!

ESPERANZA

Domingo 29.—“Mucho me ha gustado, Enrique mío, el arranque con que te has echado en brazos de tu madre al volver de la clase de Religión. ¡Qué cosas tan hermosas y tan consoladoras te ha dicho el maestro! Dios, que nos ha arrojado al uno en brazos del otro, no nos separará jamás; cuando yo muera, cuando muera tu padre, no nos diremos aquellas tremendas y desconsoladoras palabras: “Madre, padre, Enrique, ¡no te veré ya más!” Nosotros nos volveremos a ver en otra vida, en la cual quien ha sufrido mucho en ésta tendrá su compensación; en la que el que ha amado mucho sobre la tierra, volverá a encontrar las almas que ha querido, en un mundo sin culpa, sin llanto y sin muerte; pero debemos todos hacernos dignos de esa otra vida. Oye, hijo: cada acción buena tuya, cada palabra de cariño para los que te quieren, cada acto de atención hacia tus compañeros, cada pensamiento noble tuyo, es como un paso que das hacia aquel mundo. También te lleva hacia el mundo aquél, cada desgracia, cada dolor que sufres, porque todo dolor es la expiación de una culpa, toda lágrima borra una mancha. Proponte cada día ser mejor y más cariñoso que el día anterior. Dí todas las maña-



nas: "Hoy quiero hacer algo de lo que mi conciencia pueda alabarse, y mi padre estará contento; algo que me haga ser más querido de este o aquel compañero, del maestro, de mi hermano o de otros"; y pide a Dios que te dé la fuerza necesaria para llevar a cabo tu propósito. "Señor: yo quiero ser bueno, noble, valiente, delicado, sincero; ayudadme; haced que cada noche, cuando mi madre me dé el último beso pueda yo decirle: "¡Tú besas esta noche un niño mejor y más digno que el que besaste ayer". Ten siempre en tu pensamiento aquel otro Enrique más feliz que puede ser después de esta vida. Luego reza. ¡Tú no puedes imaginar qué dulzura experimenta, cuánto mejor se siente una madre cuando ve a su hijo de rodillas! Cuando yo te veo rezando, me parece imposible que deje de haber alguien que te mire y te escuche; creo entonces más firmemente que nunca, que hay una Bondad suprema y una infinita Piedad; te quiero más, trabajo con más fe, sufro con más fortaleza, perdono con toda mi alma y pienso con serenidad en la muerte. ¡Oh, Dios mío! Volver, a oír después de la muerte la voz de mi madre, volver a encontrar a mis hijos, volver a ver a mi Enrique, a mi Enrique inmortal y bendito, y estrecharlo en un a brazo que no se acabará ya nunca, nunca jamás, en una eternidad... ¡Oh! Reza, recemos querámonos, seamos buenos y llevemos en el alma esta celeste esperanza, adorado hijo mío".

Tu madre.



FEBRERO

UNA MEDALLA BIEN DADA

Sábado 4.—Esta mañana vino a repartir los premios el inspector de escuelas, un señor con la barba blanca y vestido de negro. Entró con el director poco antes de dar la hora y se sentó al lado del maestro. Hizo preguntas a varios niños, entregó luego la primera medalla a Deroso, y antes de dar la segunda estuvo oyendo un momento al maestro y al director, que le hablaban en voz baja. Todos se preguntaban: "¿A quién dará la segunda?" El inspector dijo entonces en alta voz: "En esta semana se ha hecho merecedor a la segunda medalla el alumno Pedro Precusa; y la merece, no sólo por los trabajos que ha hecho en casa, sino también por las lecciones, por la caligrafía, por su conducta; en suma por todo". Todos se volvieron a mirar a Precusa, y en todos los semblantes se reflejaba la misma alegría. Precusa se aturdió tanto, que no sabía dónde se hallaba. "Ven acá", le dijo el inspector. Precusa saltó fuera del banco y se fue al lado de la mesa del maestro. El inspector, después de fijar atentamente su mirada en aquella cara del color de la cera, en aquel cuerpecito enfundado en ropa remendada y que no había sido hecha para su cuerpo, en aquellos ojos bondadosos y tristes que